



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



DETLI

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo
ISBN 978-950-585-116-4



UNION
ACADEMIQUE
INTERNATIONALE

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

de(s)construcción. (ing. *deconstruction*, fr. *déconstruction*, it. *decostruzione*; al. *Dekonstruktion*, port. *deconstrução*)

Estrategia de lectura y escritura filosófica que trabaja sobre oposiciones binarias fundamentales del pensamiento y la cultura occidentales, como presencia/ausencia, voz/escritura, literal/figurado, para, primero, invertir su jerarquía, y, segundo, hacer surgir un nuevo concepto de aquello que el régimen binario no dejaba comprender, sin pretender que este concepto absorba dialécticamente las oposiciones anteriores.

En los estudios literarios, la deconstrucción es una heurística que busca profundizar las oposiciones que cualquier texto pone en juego, para sacar a luz sus contradicciones radicales: el choque no solo de sus significados sino de sus modos de significar, hasta el punto de volverlo ilegible o indecidible; y cancela la oposición entre literatura y crítica, entre lenguaje objeto y metalenguaje.

El término fue acuñado por Jacques Derrida sobre el modelo de la *Destruktion* de la historia de la ontología prevista por Heidegger en *Sein und Zeit* (§ 6) y fue asumido por críticos literarios sobre todo en Estados Unidos.

Estas páginas expondrán, en sucesivos apartados: 1) el contexto filosófico de la deconstrucción; 2) algunos conceptos fundamentales de Jacques Derrida; 3) las propuestas de la crítica literaria deconstructiva estadounidense; 4) reflexiones sobre el papel de la deconstrucción en los estudios literarios.

1. CONTEXTO FILOSÓFICO

«Lo que hoy se denomina “deconstrucción” estaba operando hace mucho tiempo en el campo de la filosofía o de la cultura occidental» (Derrida, en González-Marín 1986: 164-65). La deconstrucción se encuadra entre las críticas de la Ilustración y las desmitificaciones de la razón científica; se la ha situado en una tradición que incluye a Kant, Friedrich Schlegel, la izquierda hegeliana, y particularmente Nietzsche, Freud y Heidegger, a quienes Derrida menciona repetidas veces como antecedentes suyos (1967b: 412-13; 1968; 1977: 16-17, etc.; ver Gumbrecht 1986; Spivak 1997: xiii-xlv; Zima 1994). Especialmente elocuente es, sin embargo, la conexión de Derrida con la problemática que sacó a la luz otro crítico del científicismo, o más bien del imperialismo de las ciencias naturales, como fue Edmund Husserl. Los dos primeros libros de Derrida, *Introduction à “L’Origine de la Géométrie”* (1962) y *La Voix*

et le phénomène (1967), someten a un riguroso análisis algunos textos de Husserl, y descubren en ellos algunas de las cuestiones a las que dedicará atención en subsiguientes trabajos.

Husserl, en sus últimos años, orienta el proyecto de fundamentar una ciencia universal en evidencias apodícticas hacia una constitución intersubjetiva del mundo. Ese planteamiento le lleva a dar un papel clave a la experiencia del otro como un yo, al cual capto por analogía conmigo mismo, sin que lo captado pueda percibirse propiamente, llegando a la presencia; se trata de una experiencia primordialmente no plenificable, que puede llamarse «de lo extraño» (*Cartesianische Meditationen* §§ 51-52; ver Vigo 2003). En un área más concreta, como es la cuestión sobre el origen de la geometría (anexo III de *Die Krisis der europäischen Wissenschaften*), también entran en conflicto evidencia e intersubjetividad. La producción mental del conocimiento geométrico es evidente solo en cierto grado; para alcanzar la evidencia de su objetividad ideal ha de expresarse lingüísticamente y confirmarse de manera intersubjetiva; aún más, debe ponerse por escrito para que la construcción mental alcance su existencia permanente y virtual con independencia del inventor y sus interlocutores. Sin embargo, el lenguaje y la escritura también encierran el peligro de la pasividad y el oscurecimiento, porque permiten una captación de los significados sin reactivación de su evidencia; y esa posibilidad —dice Husserl— se ha convertido en hecho: tal es la situación contemporánea. En la tradición de la fenomenología afloran otros problemas con la escritura. Husserl señaló que la investigación fenomenológica de esencias tiene una fuente extraordinaria en la fantasía, y especialmente en la ficción literaria; y distinguió, a propósito de objetos culturales como las obras literarias, entre la identidad de su significado ideal y la multiplicidad de sus manifestaciones reales (*Ideen* § 71; *Erfahrung und Urteil* § 65). Ahora bien, en esos mismos años, Roman Ingarden, en un análisis declaradamente fiel al magisterio de Husserl, descompuso ese significado en varios estratos y señaló que la obra literaria solo se experimenta en las concreciones que lleva a cabo cada lector; más aún, esto, que resulta manifiesto para los textos de ficción, es propio de cualquier enunciado (*Das literarische Kunstwerk*, §§ 61-67). ¿Dónde quedan entonces la identidad y la evidencia mediadas por la intersubjetividad y la escritura? Otros desarrollos de la fenomenología también conducen a la renuncia a una completa autoposesión del sentido en una conciencia absoluta (ver Frank 1989: 427-45; Asensi 1990: 12-13). Heidegger señala en *Sein und Zeit* que la analítica existencial no puede prescindir de la muerte, que es la posibilidad más propia, irrespectiva e insuperable del existente humano, pero de la muerte no hay experiencia ni evidencia. Gadamer descarta en *Wahrheit und Methode* la posibilidad de un espíritu absoluto transparente a sí mismo y

autocontenido; a la historicidad del comprender le pertenecen una situación y un horizonte que la limita, y ser histórico equivale a no agotarse (*aufheben*) nunca en el conocerse. Gadamer sintetizó esta trayectoria diciendo que el «mito de la autoconciencia» y el «ideal de la fundamentación última» quedaron desacreditados ante la condición prioritaria e ineludible del lenguaje (1984: 33). En la fenomenología francesa se lleva a cabo una crítica análoga de la percepción y la reflexión (Gasché 1979).

Otro aspecto relevante de las investigaciones de Husserl se refiere a la teoría de la ciencia. Husserl se interesa por la posibilidad de organizar ciencias como la aritmética y la geometría por medio de axiomas y principios deductivos, de tal manera que todas las proposiciones formuladas en ellas sean o verdaderas o falsas analíticamente. Es clara la conexión de este planteamiento con el llamado «programa logicista» de Frege y Russell y con el más preciso programa para la axiomatización completa de la aritmética de David Hilbert, a quien Husserl menciona varias veces en este contexto (por ejemplo, *Ideen* § 72; *Formale und transzendente Logik* § 31). Ahora bien, como es sabido, el programa de Hilbert quedó refutado en 1931 con los teoremas de incompletud de Kurt Gödel (ver Smith 2007). Según el primer teorema, una teoría axiomática, consistente y suficientemente expresiva permite formular proposiciones cuya verdad o falsedad no se puede probar dentro de la teoría; por tanto, hay proposiciones indecidibles. El segundo teorema consiste en que una teoría así tampoco puede demostrar que ella misma es consistente. Es exagerado decir que Gödel refuta el principio *tertium non datur* entre lo verdadero y lo falso, como afirma Derrida (1962: 39-41; 1975a: 330); en cierto sentido, el primer teorema de Gödel se refiere a una proposición verdadera, pero indemostrable en el sistema (Smith 2007: 158-59). Lo cierto es que se tambalea un ideal de rigor científico propuesto por Husserl (*Ideen*, § 7), aunque no se viene abajo el entero proyecto de filosofía fenomenológica, pues no toda ella debía constituirse de modo axiomático y deductivo (*Ideen*, § 75; ver Derrida 1962: 41). Además, se introduce, en un contexto matemático, el concepto de indecidibilidad, que luego será adoptado por la deconstrucción.

Es ilustrativo, para terminar, el abandono del logicismo encarnado en la trayectoria de Ludwig Wittgenstein. En *Tractatus logico-philosophicus*, Wittgenstein sostiene que las proposiciones muestran la forma lógica de la realidad, y las proposiciones de la lógica muestran las propiedades formales del lenguaje y del mundo, de tal manera que la lógica es una imagen especular del mundo (§§ 4.12, 6.12, 6.13); el aclarar la lógica del lenguaje resolvería o disolvería la mayor parte de los problemas filosóficos (§§

4.002-003, 6.53). En las *Investigaciones filosóficas*, mantiene la idea de hacer filosofía como crítica del lenguaje (§§ 89-133), pero este ya no remite a una lógica global, sino a una multitud de usos y finalidades: el significado de una palabra es su utilización en un juego de lenguaje o una forma de vida; estos son hechos o fenómenos primarios, que no cabe explicar, sino simplemente constatar (§§ 23, 43, 654-56). Esto se generaliza después para el saber y la certeza, de tal manera que no queda rastro de la idea de una evidencia que fuera «presencia inmediata a la conciencia», al modo de Husserl: lo que uno sabe no constituye un sistema axiomático deductivo, sino un conjunto interconectado. La certeza que poseen algunos juicios no consiste en que sean intrínsecamente evidentes, sino en que forman una especie de marco de referencia, y si resultan ser falsos, uno ya no sabría qué pensar; no se hablaría de error, sino de perturbación mental (*On Certainty*, §§ 69-83, 140-42). También en esta área la certeza se comprueba en la acción, que pone punto final a la cadena de fundamentaciones (§§ 193-204). En Wittgenstein, el recurso a las convenciones tácitas que funcionan en cualquier uso del lenguaje evita el escepticismo, por lo cual algunos autores lo sitúan en los antípodas de Derrida (Ellis 1989: 42-44; Norris 1993: 129-31). Ahora bien, aquellas convenciones son necesarias porque la equivocidad es inherente al lenguaje: cada explicación o definición ostensiva que se dé puede requerir a su vez que se la explique, y si alguna vale como última, será de hecho, y no de derecho (*Investigaciones lógicas* §§ 28-30); resulta absurdo decir que consideramos algo evidente porque es ciertamente verdadero, y lo que hace posible un juego del lenguaje no es que uno pueda confiar en algo, sino simplemente que confíe en ello (*On Certainty* §§ 197, 509). El contraste entre Wittgenstein y Derrida sucede sobre un suelo común, que es la posibilidad de la dilación infinita.

En síntesis, volviendo a Husserl, hay que recordar su distinción entre las filosofías de visión del mundo (*Weltanschauungsphilosophien*) y una filosofía científica, que él consideraba la urgencia de la hora presente. Aquellas pertenecen a lo que suele llamarse «sabiduría» y su característica es la profundidad, signo del caos, mientras que la filosofía como ciencia en sentido estricto ha de caracterizarse por la claridad conceptual y el orden (1910-1911: 339). Precisamente Wittgenstein comenta que una ingeniosidad gramatical parece «profunda», y que tienen «el carácter de lo profundo» aquellos problemas que nacen de la mala interpretación de nuestro lenguaje (*Investigaciones lógicas* § 111). Una de las razones del éxito de la obra de Derrida se encuentra en que ha formulado en el lenguaje de lo profundo y de la *Weltanschauungsphilosophie* —recurriendo para ello a Nietzsche, Freud y Heidegger, y a formulaciones cada vez más barrocas y vanguardistas hasta el «Derridadaísmo» (Hartman 1981)— los problemas y

los resultados de la «filosofía científica» en el medio siglo precedente. Con ello, se adaptó eficazmente al entorno histórico, político y cultural en que apareció, lo que se ha llamado «los años salvajes de la teoría» (Asensi 2006).

2. JACQUES DERRIDA

La deconstrucción como estrategia filosófica se identifica con la obra de Jacques Derrida (1930-2004), en la cual la teoría y la crítica literaria ocupan un espacio reducido, pero significativo (Attridge 2010). En este apartado expondré algunas de las ideas principales de Derrida, sobre todo en su primera etapa: la *différance*; el suplemento, la traza y la escritura; y después, sus aportaciones sobre conceptos fundamentales de la Poética, como son la mimesis y la metáfora; para terminar con sus reflexiones sobre la crítica literaria.

2.1. La «*différance*»

Derrida descubre en la fenomenología una esencial extensión de la conciencia a partir del primordial «presente vivo», pues este incluye la continuidad de los presentes pasados, encadenados en una tradición, y se orienta hacia un *télos* de sentido global; el juego entre retraso y anticipación genera un continuo diferir y diferirse, y en esta diferencia reside la originariedad de la conciencia (1962: 155-71). En el análisis fenomenológico del lenguaje esta problemática es más aguda y más evidente: usar un signo es poner en juego una estructura de repetición, pues el significante debe ser reconocible a pesar de las modificaciones empíricas que sufra en cada caso, debe poseer una identidad ideal que hace posible la repetición; según esto, lo que se emplea nunca es un signo como tal, sino una representación suya (1967a: 55-56). Derrida encuentra que aquí se borra la diferencia entre realidad y presencia de un lado, y representación y repetición del otro. La compleja noción de representación se organiza al contrario de lo que suele pensarse: lo primario no es la *Präsentation* o *Vorstellung* como presencia simple de la idealidad ante la conciencia, sino que esta depende de la *Vergegenwärtigung* como reproducción y reactualización de una imagen mental, y esta a su vez de la *Repräsentation* o *Stellvertretung*, la substitución de lo ideal por su manifestación empírica repetida; así pues, la presencia-del-presente deriva de la repetición, y no al contrario (1967a: 58). Desde la perspectiva del significado, Derrida explica que la significación o «querer-decir» (*Bedeutung*) requiere la ausencia de la intuición del objeto; lo cual se extiende al significado de «yo», que no deja de ser comprensible cuando lo enuncia un ser de ficción o un muerto (100-09). Aquí se encuentra un ejemplo de lo que antes he llamado traducciones de la claridad conceptual al lenguaje de lo profundo, cuando no de lo

caótico, con expresiones como: «ma mort es structurellement nécessaire au prononcé du *Je*» (108) y otras similares.

Siendo el modelo de la conciencia la presencia para sí y la intuición del objeto ideal, y en el plano lingüístico el «oírse hablar» como «auto-afección pura» del sujeto, hay que admitir que contiene en sí misma y originariamente la dilación «al infinito» de la presencia, el distanciamiento entre lo ideal y lo no ideal, pues siempre conserva la marca retentiva, la relación con lo que no es idéntico a sí mismo, el «espaciamiento», el «fuera», lo «impuro» (1967a: 89-97, 111-17). Este es el punto donde se introduce el neologismo o neografismo *différance*. El motivo de esta acuñación, explica Derrida, es explotar los contrastes entre voz y escritura, entre espacio y tiempo (1968: 42-50; ver también Asensi 1990: 42-48). En francés, la palabra *différence* y su modificación *différance* se distinguen en la grafía, pero no en la pronunciación; por otro lado, la *-a-* hace pensar en el participio presente *différant*, y en el sufijo *-ance*, que sirve para la derivación de verbal con intransitividad y diátesis media. La conexión con el verbo *diferir* genera una polisemia, con un sentido en el orden temporal: ‘dejar para después’; y otro que Derrida interpreta en clave espacial, de distancia: ‘ser distinto, no ser idéntico’. El signo lingüístico es la quintaesencia de la *différance* en los dos sentidos: porque su presencia pospone la de la cosa significada, y porque opera mediante su carácter distintivo, tanto en el significante como en el significado; en consecuencia, añade Derrida, el «concepto significado» nunca está presente en sí mismo, por lo cual la *différance* no es simplemente un concepto, sino la posibilidad de la conceptualidad en general (1968: 49).

Para elaborar la pertinencia de estas ideas en relación con los métodos contemporáneos de las ciencias humanas, Derrida muestra su conexión con el estructuralismo de la lingüística, la semiología y la etnografía (1967b: 409-28; 1967c: 77-95; 1968: 49-51; 1977: 25-33). La tradicional noción de estructura ha sufrido una transformación radical en el siglo XX, al comenzar a pensarse una estructura sin centro, o al menos con un centro que no fuese presencia y fundamento, sino tan solo lugar vacío de sustituciones. La estructura es pura red de diferencias interdependientes, sin términos sustanciales positivos, a la manera como Saussure describe el lenguaje; así, «tout devient discours», en el sentido de que nunca se da una presencia absoluta del significado central, originario o trascendental, más allá o más acá del sistema de diferencias (1967b: 411); para decirlo con un lema más famoso, sobre el que habrá que volver, «il n’y a pas de hors-texte» (1967c: 227). Por otra parte, Derrida busca en el estructuralismo cómo deconstruir la metafísica con un lenguaje que no puede ser sino el de la tradición metafísica, porque no hay otro. Lévi-Strauss le proporciona un

ejemplo, primero con su estrategia de conservar los viejos conceptos y oposiciones pero denunciar sus límites y criticarlos (1967b: 415-17); segundo, con su idea de que el lenguaje del etnólogo es isomorfo con el de los mitos que describe: ni los mitos ni los discursos científicos sobre ellos se constituyen a partir de un centro absoluto (418-21). Esto difumina la distinción lógica entre un lenguaje objeto y un metalenguaje, que será clave para la constitución de una crítica literaria deconstructiva, como se verá después. Por último, Derrida señala repetidamente el contraste entre su idea de *différance* y la contradicción dialéctica hegeliana que se resuelve en una síntesis (*Aufhebung*); la deconstrucción explota los conflictos sin cancelarlos, y renuncia a un discurso totalizante que manifieste el saber absoluto (Derrida 1967b: 404-07; 1975a: 7-89; 1977: 57-59).

Es casi inherente al planteamiento de Derrida que la temática de la *différance* tenga que entrar en una cadena de sustituciones no sinonímicas, para adquirir toda su eficacia deconstructiva en diversos contextos (1967a: 115-16; 1968: 45, 51; 1977: 51-62); como él mismo dice, «se me puede reprochar el ser insistente, incluso monótono» (1977: 65). Entre los sustitutos están principalmente el suplemento, la traza, la escritura, y algunos otros que paso a comentar.

2.2. Suplemento, traza, escritura

La cadena misma puede ser pensada mediante la idea de suplemento, que pretende evocar el doble sentido de «suplir» y de «añadir», con la paradoja de que el suplemento se añade a aquello que sustituye, es decir, a una ausencia, produciendo *a posteriori* lo que se supone primordial; por eso Derrida habla de «suplemento de origen» o «suplemento originario» (Derrida 1967a: 97-100; 1967c: 207-34, 379-445). La estructura de la suplementariedad es compleja, porque se da tanto en el orden del significante como en el del significado, al estar los dos insertos en la *différance*. Un significante está en lugar del significado o presencia ideal ausente, pero también en lugar de otro significante, que tiene otra relación con el significado. También se encadenan las remisiones en el modo de significar, de apuntar a la presencia: el índice empleado en la comunicación remite a la experiencia ajena, a la cual no hay otra vía de acceso; en la conciencia propia, comparece el «signo expresivo», cuyo significado es ideal; este, se supone, es inmediatamente presente a la conciencia; sin embargo, la idealidad se constituye plenamente en la comunicación lingüística, y más aún cuando se realiza por escrito, como Husserl había notado ya en *El origen de la geometría* (Derrida 1962: 83-110).

La suplementariedad se manifiesta como traza (*trace*), o trazo, marca, huella. Aunque resulta natural asimilar esa noción a la de significante,

también se aplica al significado. La condición de posibilidad del sentido no es la intuición de la esencia, sino su manifestación en un signo; y todo signo, siendo inmotivado, puede remitir a otro que lo explique, sin que ninguno sea propio, ni se llegue a una presencia que detenga el movimiento o juego, según mostró Ch. S. Peirce con la noción de interpretante (Derrida 1967c: 70-73; ver Frank 1976: 14-15). Así pues, el significado es siempre ya traza (Derrida 1967c: 108). Como el suplemento, la traza es originaria, anterior a todo presente y plenitud significativa (1967a: 93-95); es *arkhé*, y le conviene el nombre de «archi-traza» (1967c: 68-108). Otro aspecto aportado por el pensamiento de la traza es la necesidad del «borrado de sí»: una traza permanente no sería una traza, sino presencia; usando una analogía de Freud, Derrida explica que el presente-presente se constituye con el continuo borrar el presente-pasado, que sin embargo se retiene en la memoria; no hay tal cosa como un presente simple o un sujeto simple (1967b: 293-340). La idea de traza lleva a Derrida a imitar la práctica de Heidegger de escribir algunas palabras bajo una tachadura, para eliminar y conservar a la vez (1967c: 31, 89-91; ver Spivak 1997: xiii-xx).

El suplemento y traza por excelencia es la escritura. La idea más corriente es que el lenguaje se realiza plenamente en el habla sin que la escritura le aporte nada esencial, y suele invocarse como prueba los hechos de que hay una mayoría de lenguas sin escritura y de que se aprende a hablar antes y con independencia de aprender a escribir; la grafía se toma como una representación o sustituto de la voz. Sin embargo, en un movimiento deconstructivo típico, Derrida analiza la expresión de estas ideas en el *Curso de lingüística general* y señala que si el signo lingüístico es arbitrario, como explica Saussure, entonces no hay razón para dar prioridad natural a una forma de manifestación —la oral— sobre otra —la escrita—. Lo que la escritura pone de manifiesto es la idealidad del lenguaje, en el doble sentido de que unos mismos signos pueden emplearse repetidamente y de que la significación ideal vale «en ausencia», sin necesidad de que estén presentes ni intuiciones del objeto ni sujetos de las intuiciones (1967a: 104, 108; 1967c: 65-95). En este sentido, y solo en este —que se puede expresar con el término *archi-écriture*— hay que decir que la escritura precede al habla, en cuanto es condición de posibilidad del lenguaje (1967c: 81-91; ver también Gasché 1979: 179-80; Johnson 1980: 10). Acerca de esta argumentación, cabe preguntar, como hizo Walter Ong (1982: 275), si su eficacia no descansa en una tácita identificación de la escritura con la imprenta, y en la restricción de los análisis a textos ilustrados, románticos y posteriores, es decir, pertenecientes a una época en que la imprenta había sido ya interiorizada y asumida.

Derrida propone la gramatología como una ciencia de la escritura (1967c: 13, 42-45), o más bien de la archiescritura, que desmantelaría la idea de signo con un significado pensable y posible fuera de todo significante; un signo expresado en la voz como presencia ante sí de la conciencia. Esta identificación de significado lingüístico, *lógos* y *phoné* es lo que Derrida llama logocentrismo, fonocentrismo y «metafísica de la presencia» (1967c: 11-41, 441-45).

La cadena de sustituciones de la *différance* no termina aquí, aunque estos son los términos más conocidos, presentes en las primeras obras de Derrida. Entre otros que añadió posteriormente, cabe destacar, por su contexto de crítica literaria, el de «himen», a propósito de Mallarmé (1975a: 316-35). También este es, dice Derrida, «diferencia sin presencia», indecible, donde «no solo es abolida la diferencia [...] sino la diferencia entre la diferencia y la no-diferencia», en cuanto al espacio, la diferencia dentro/fuera; en el tiempo, el antes/ahora/después. Además, la idea de membrana remite al tejido, al texto, y por tanto a las formas de imaginar la composición poética (322-23). Con esto, pues, pasamos a considerar algunas ideas de Derrida sobre conceptos fundamentales de la teoría literaria.

2.3. Mímesis

Derrida encuentra que una constante de la historia de la filosofía occidental es que «lo que es, el ser-presente [...] se distingue de la apariencia, de la imagen, del fenómeno, etc. [...] De ello resulta [...] que la imagen *sobreviene* a la realidad, la representación al presente en presentación, la imitación a la cosa, lo imitante a lo imitado» (1975a: 288; cursiva original). En consecuencia, la idea de mímesis o imitación es un blanco adecuado para la estrategia deconstructiva, que procederá a cuestionar la oposición, invertir su jerarquía y sugerir otra manera de pensarla.

El primer paso consiste en mostrar la variedad de nociones y relaciones que se han recogido bajo la etiqueta de mímesis. Derrida muestra un conjunto de pares binarios. De un lado, la mímesis es natural y espontánea, es la manera en que la *phýsis* se manifiesta, llega a su plenitud y se revela; de otro lado, constituye un artificio, en el cual interviene un segundo término en relación de mera exterioridad semejante o adecuada al original (1967c: 279-326; 1975a: 290-91). Esta dicotomía tiene una serie de proyecciones funcionales: la mímesis natural sirve a la educación, mientras que la artificial —la que se deja traducir mejor por «imitación»— provoca la degeneración y la corrupción (1967c: 303-09); aun dentro de la mímesis artificial se puede distinguir una dimensión adquisitiva, la que emplea por

ejemplo el sofista para cazar a los hombres y su riqueza, y otra productiva o «poética» (1975a: 280). En cuanto a la constitución misma de las obras imitativas o *mimemata*, se distingue, por un lado, entre imágenes fieles y fantasías (1975a: 280); por otro, entre la imitación de lo exterior por lo exterior, como sucede en la pintura, y la de lo interior por lo exterior, que puede llamarse más propiamente «expresión» (1967c: 289-90). Este último aspecto permite el encadenamiento de manifestaciones: las pasiones se expresan con la voz, y esta es imitada bien por la escritura, bien por la música (1967c: 301-09; 1975a: 276-82).

En segundo lugar, Derrida muestra cómo opera en este campo una lógica de la suplementariedad. Por un lado, la idea de representación subvierte la relación entre original y copia. Derrida encuentra en Rousseau una analogía entre pintura y música: el trazo corresponde a la melodía, como medios de la imitación natural, y el color a la armonía, como adorno artificial; lo primero es lo esencial, según se prueba, dice Rousseau, porque un grabado gusta tanto como un cuadro. Aquí descubre Derrida la paradoja de que la estampa es a la vez copia y modelo del arte, viene después pero saca a luz su esencia (Derrida 1967c: 296-97). Por otro, también queda subvertida la relación entre los diversos regímenes de la mimesis en las distintas artes —pintura, música, artes del lenguaje—, que suelen emplearse para explicarse mutuamente. En particular, la pintura y el lenguaje aparecen como mutuos suplementos, en el doble sentido de añadirse y sustituirse: la pintura da una imagen que lleva a plenitud intuitiva el significado de las palabras, pero a la vez está necesitada de interpretación discursiva (1975a: 282-85).

La paradoja del suplemento se agudiza al enfocar la actividad de imitación, y no solamente sus resultados, siguiendo el hilo de Kant en la *Crítica del juicio* (§§ 42-53). Aquí se trata de que el artista imita a la naturaleza en su producir, más que en sus productos (Derrida 1975b). ¿Imita? Kant sostiene que el arte bello parece naturaleza, y que la naturaleza es bella cuando parece arte; en cada caso el parecer debería excluir el ser: el que contempla arte advierte que lo es; y una aparente naturaleza bella que se descubriera como artificio pasaría a disgustar como un engaño. Sin embargo, al cabo el arte resulta ser naturaleza, pues el arte bello es arte del genio, y este es un talento innato por el cual la naturaleza da la regla al arte; de acuerdo con una distinción que se mencionó antes, el arte genial es mimesis como manifestación de la naturaleza, a diferencia del epigonismo y amaneramiento que producen la mera copia e imitación repetitiva (Derrida 1975b: 70). Ahora bien, esta naturaleza que parece aquí lo real o lo presente resulta ser también arte —aunque sobrehumano—, y más específicamente lenguaje, escritura cifrada y habla figurada (77-79).

Su mensaje interesa porque manifiesta la constitución interior del sujeto humano como sujeto moral. Por eso mismo, entre las artes tendrá el puesto superior la que posee el máximo poder para expresar la interioridad, gracias al empleo del lenguaje: la poesía (80-84). Así, a despecho de Kant, Derrida diseña una suerte de bucle que recuerda la estructura que se llamó, en el apartado anterior, «traza originaria»: cada elemento es siempre ya remisión a otro que se supone anterior.

2.4. Metáfora

La suplementariedad, la escritura y la mimesis reaparecen en el análisis de la metáfora que Derrida dilata a lo largo de varios trabajos. A propósito del lugar del *Origen de la Geometría* donde Husserl (1962: 372-73) observa que el recurso a la escritura, para permitir la reactivación de la evidencia, exige la univocidad del lenguaje, Derrida comenta que esta es ambivalente: por un lado hace posible la historia como transmisión del sentido, pero por otro la esteriliza como mera iteración (Derrida 1962: 101-07). El lenguaje se encuentra así ante dos opciones: la búsqueda de la transparencia que propone Husserl, o el desarrollo de una escritura de tipo joyceano que asuma la equivocidad generalizada en el entramado de una cultura. Ahora bien, Derrida considera que la primera opción contiene en cierto modo la segunda, porque la transparencia es un ideal inalcanzable: el acto de significación debería llegar hasta un objeto pre-cultural —pero ¿cómo podría ser tal cosa?— o bien trans-cultural; esto es lo que pretenden ser las idealidades puras de la geometría, pero en realidad se ven sometidas a la movilidad ocasionada por el progreso científico.

En esas páginas de Husserl está implícita una idea que Derrida afronta y analiza más tarde, a propósito de Rousseau: si el progreso del lenguaje consiste en aumentar la exactitud, la propiedad de los términos, entonces el lenguaje primitivo se caracteriza por la figuración; así pues, el tropo precede a la expresión propia, lo sustituyente a lo sustituido (Derrida 1967c: 381-97). Se trata, evidentemente, del convencimiento, compartido por Rousseau con otros autores, como Vico, Condillac y Warburton, de que el lenguaje primitivo era esencialmente metafórico. Rousseau lo explica de la siguiente manera: el salvaje se asusta al encontrar a otros hombres; el miedo le hace verlos más grandes y fuertes que él mismo, y por eso los llama «gigantes»; posteriores experiencias le llevan a descubrir que, en realidad, son semejantes a él, y entonces da con una nueva palabra, «hombre», que expresa tal semejanza. Derrida analiza la compleja trama de señales y remisiones: la pasión (el miedo) causa una visión o «idea», ciertamente errónea; la palabra «gigante» designa «propiamente» dicha idea, pero, como esta es falsa, la palabra es inadecuada como expresión del

objeto real (el hombre), y por esa misma inadecuación es expresión, aunque indirecta, del miedo: es «signo de signo», representa la pasión representando un falso representante, etc. (1967c: 390-92). Lo que aportan subsiguientemente la historia y la civilización es la capacidad de advertir el error y por tanto de manipular conscientemente las metáforas como tales.

¿Conscientemente? Derrida no podía dejar de referirse al dicho de Nietzsche (*Über Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinne*) sobre la verdad como serie de metáforas y antropomorfismos desgastados y canonizados. Es imposible, explica, un análisis filosófico de la metáfora sin incurrir en circularidad y petición de principio, porque la metáfora está al principio y al final, es *arkhé* y *télos*, de la filosofía (Derrida 1989: 247-311). Aunque Aristóteles aloja el tratamiento de la metáfora en secciones sobre la elocución de la *Poética* y la *Retórica*, como si fuese mera cosa de palabras y no de pensamiento, sin embargo, envuelve en él toda una ontología y epistemología. La metáfora se sustenta en lo semejante, pero esto es el fundamento de la mimesis, y esta a su vez caracteriza a los humanos y es un medio de aprendizaje; la analogía permite abstraer accidentes, propiedades y sustancias o esencias. Por otra parte, la analogía también permite dar nombre a lo que no lo tiene, según el ejemplo de Aristóteles acerca de los rayos del sol (*Poética*, 1457b), lo cual es, además de un ejemplo canónico de suplementariedad, una característica del lenguaje filosófico y en realidad de todo el planteamiento y estrategia de la filosofía: asumir que hay sentidos o significados sin nombre y elaborar estos nombres para revelarlos, llevándolos a la verdad como *alétheia* (Derrida 1989: 282-84). En un trabajo posterior, Derrida agudiza la paradoja: la metáfora caracteriza la metafísica como «retirada», *epokhé* y en definitiva, tropo sin término propio, pues del ser no se puede hablar inmediata, propiamente, pero entonces tampoco hay un hito con respecto al cual medir lo translaticio de la metáfora (1998: 63-93). En otro contexto más específico, la metáfora sirve como punto crítico para la *Speech act theory*, porque esta, de un lado, requiere distinguir entre los usos literales y los figurados, y, de otro, se elabora mediante analogías y semejanzas no del todo ajenas a la metáfora; además, toda teoría de la comunicación lleva en su seno una metáfora de la «transmisión» o el «transporte» de sentido, es decir, una analogía entre el ámbito físico y el semiótico (Derrida 1988).

2.5. Crítica

Derrida encuentra en el comentario crítico de obras literarias, tal como suele practicarse, una abstracción que busca el sentido o valor, considerados como esencia del ejemplo o caso concreto, y de ese modo ejerce una violencia y desemboca en el desconocimiento (1967b: 254-55).

Si Gadamer afirma que la comprensión presupone la «buena voluntad» (1984: 38), Derrida le replica que en última instancia se trata de una «buena voluntad de poder», que debería analizarse con las claves que dan Nietzsche, Heidegger y el psicoanálisis freudiano (1984: 56-58). La idea de *différance* generaría un cambio de planteamiento, en la medida en que la crítica asuma el juego indecible de remisiones y renuncie un centro estable, tanto para su objeto como para su propio metalenguaje (Derrida 1967b: 418-12). Con este planteamiento, se difuminan los límites entre filosofía, literatura y crítica literaria: de lo que se trata es de advertir «cómo la escritura comportaba estructuralmente (contaba-descontaba) su propio proceso de destrucción y de anulación», con indiferencia de que en cada caso se la haya clasificado como literaria o filosófica (1977: 89-93). Esa orientación no forma un método, en el sentido de un sistema de reglas, aunque contiene algo de metódico, o al menos de estrategia general, como se dijo antes; no es algo subjetivo ni *ad hoc* (1986: 170-73). Quizá lo más característico es cómo la deconstrucción señala las insuficiencias de la crítica coetánea de los primeros libros de Derrida: el formalismo estructuralista, y el contenidismo de la crítica temática (1977: 61-62).

Derrida caracteriza el estructuralismo literario por la búsqueda de una presencia: la estructura como forma espacial captada simultánea o sinópticamente (1967b: 26-28). Para semejante crítica, la duración y la diversidad se convierten en una dificultad o una resistencia, pues se ven ante la tarea de convertir la lectura sucesiva en contemplación simultánea del todo, o de expresar dicha contemplación en una explicación sucesiva (41-42). Ese planteamiento es, hasta cierto punto, consecuencia rigurosa de la teoría: ¿cómo percibir una totalidad organizada si no es con el supuesto, implícito o explícito, de una teleología?; ¿y cómo no referirla a una intención de sentido? (43-44). La forma global simultánea sería por tanto el fundamento y verdad de la obra literaria. Ahora bien, esto vale en tanto que el estructuralismo se mantiene dentro de la tradición filosófica occidental (45-46). El reto es desbordarla, imaginar que el sentido sea más bien la implicación infinita, el reenvío interminable de significante a significante, la equivocidad que no va a parar a ningún reposo; una crítica literaria así sería capaz de amar la fuerza y el movimiento y convertirse en escritura (42, 47).

Para la crítica temática valen consideraciones análogas. Derrida la encuentra ligada a la posibilidad de que el sentido sea decidable, y por tanto perpleja ante el problema de la suplementariedad y la autorreferencia del texto literario que se repite y representa a sí mismo (1975a: 354-56). El supuesto de que hay acceso al sentido, de que se puede determinar la mimesis y con ella un repertorio de temas que forman sistema se ve

frustrado si el lenguaje es diferencial, y por tanto ni siquiera se puede fijar la identidad de cada tema; no es que haya «riqueza infinita de contenido», sino más bien pobreza, una serie de instancias de remisión con carácter de traza o suplemento, sin presencia de significado, sino tan solo el juego y movimiento de una a otra (366-77). Sería necesario sustituir el «concepto hermenéutico de *polisemia* [...] por el de *diseminación*» (393; cursiva original):

la polisemia [...] se organiza en el horizonte implícito de una reasunción unitaria del sentido, o sea de una dialéctica [...] teleológica y totalizante que debe permitir [...] reunir la totalidad de un texto en la verdad de su sentido, lo que constituye el texto en *expresión*, en *ilustración*, y anula el desplazamiento abierto y productivo de la cadena textual. La diseminación, al contrario, [...] marca una multiplicidad irreductible y *generativa*. El suplemento y la turbulencia de una cierta ausencia fracturan el límite del texto, prohíben su formalización exhaustiva y clausurante, o por lo menos la taxonomía saturante de sus temas, de su significado, de su querer decir. (1977: 59-60; cursiva original)

Lo cual tiene el corolario que Derrida expresa de manera anfibológica: *pas de méthode, point de méthode*, es decir, no hay en absoluto método en el sentido de «camino» que recorrer desde un principio hasta un final, aunque sí haya una «marcha», la posibilidad de deambular por la infinidad de remisiones (1975a: 406). Si en este punto se vuelve a traer a colación la famosa o infame cita: «il n'y a pas de hors-texte» (1967c: 227), ya no podrá ser malinterpretada como una declaración programática de formalismo o lectura inmanente; lo que constata es que el texto no tiene límites determinados, y que todo aquello adonde se dirija la vista estará siempre ya envuelto en lenguaje.

3. CRÍTICA LITERARIA DECONSTRUCTIVA.

Se ha convertido en lugar común presentar un tema como este advirtiendo que no existe una crítica literaria deconstructiva (Asensi 1990: 9-15; McQuillan 2001: 3-8). Resulta muy incierto listar su nómina. En el sentido más estricto, la formarían los críticos de la llamada escuela de Yale que participaron junto con Jacques Derrida en el libro *Deconstruction and Criticism*: Paul de Man, Joseph Hillis Miller, Geoffrey Hartman y Harold Bloom; pero en su propio prefacio Geoffrey Hartman dice de sí y de Bloom que apenas son deconstructivistas; y Bloom explicó su inclusión en ese libro diciendo: «those four were deconstruction, and I was criticism» (en Salusinszky 1987: 68). En sentido más lato, no solamente habría que incluir

a otros críticos como, por ejemplo, Derek Attridge, Peter Brooks, Simon Critchley, Shoshana Felman, Anselm Haverkamp, Barbara Johnson, Peggy Kamuf, Philippe Lacoue-Labarthe, François Laruelle, Jeffrey Mehlman, Martin McQuillan, Jean-Luc Nancy; sino que también se podría mencionar a quienes la han presentado y divulgado con una evaluación favorable, como Jonathan Culler, Vincent Leitch y Christopher Norris, y a críticos especializados en otras áreas que aplican en sus trabajos estrategias deconstructivas, como hacen Judith Butler y Mireille Calle-Gruber en la crítica feminista, y Homi K. Bhabha y Gayatri Spivak en la crítica postcolonial, etcétera. Además, en un sentido más amplio, se emplea «deconstrucción» como equivalente vago de «postestructuralismo», abarcando una nómina de autores mucho más variada (ver Gumbrecht 1988; Asensi 1990: 9-13).

Por otro lado, podría decirse que la denominación de «crítica deconstructiva» es equívoca, porque sugiere una aplicación de conceptos filosóficos al estudio de textos literarios (Gasché 1979), cuando en realidad hay motivos para pensar que se ha producido una convergencia entre los *desiderata* teórico-metodológicos de algunos de los autores mencionados arriba, expresados ya antes de 1967, y las reflexiones de Derrida, asumidas por Paul de Man, junto con el término «deconstrucción», en *Blindness and Insight*, de 1971 (De Man 1991:114-57). En la década de 1950, Paul de Man había analizado las exégesis de Hölderlin por Heidegger, para mostrar la paradójica eficacia de un procedimiento arbitrario, que niega la validez de un discurso objetivo sobre la poesía y se constituye como anti-filología, pero puede favorecer la reflexión de la disciplina y fortalecerla; y su reflexión sobre el *impasse* de la crítica formalista cuestiona la idea del lenguaje como reflejo, y señala la constitución en ciertos poemas de una fundamental ambigüedad irresoluble que abre una infinidad de experiencias; lo que luego se acostumbra llamar «indecidibilidad» (De Man 1955 y 1956; ensayos recogidos asimismo en *Blindness and Insight*). Geoffrey Hartman también valora desde fecha temprana la indeterminación y la irrealización, en detrimento de la representación o ilusión de experiencia presente; y su comentario del estructuralismo y la crítica arquetípica señala la necesidad de una teoría de la repetición que lo sea también de la discontinuidad, de la distancia insalvable entre original y copia, presencia y ritual actualizador (Hartman 1955; 1966). Por último, J. Hillis Miller analiza la obra crítica de Georges Poulet destacando el valor de nociones como presencia, claridad, orden y reflexividad del *cogito*, pero señala una limitación: que está atada a la dualidad sujeto/objeto; en un artículo posterior sugiere que la superación de ese dualismo, y el de espacio/tiempo, es la tarea pendiente para la crítica contemporánea, porque la literatura ya los ha abandonado (Miller 1963; 1966). En suma, ya en

estas fechas están algunas de las asunciones básicas de la crítica deconstructiva —que no llegan a formar un cuerpo de doctrina ni un método—: que el texto literario contiene su propia deconstrucción; que no hay una única interpretación correcta, y que los límites entre literatura, crítica literaria, y al cabo filosofía, son vagos. Desarrollaré a continuación la primera idea, para luego exponer más brevemente las otras dos.

Paul de Man y J. Hillis Miller sostienen que su actividad puede caracterizarse como un retorno a la filología o un refinamiento de la *explication de texte*, porque no hacen sino explicitar el carácter deconstructivo de todo texto literario (Miller 1976a, 1976b; De Man 1986: 21-26). No se puede dar por sentado que el texto sea inteligible, pues

los diversos mecanismos de articulación, desde la palabra hasta la formación de oraciones [...], que sirven para producir significado, y estas mismas articulaciones aisladas, independientemente de sus limitaciones significantes, no se determinan necesariamente entre ellas. La polaridad latente implicada en todas las teorías clásicas del signo permite la independencia relativa del significante y su libertad respecto de su función [de significar]. (De Man 1992).

Así, una lectura suficientemente atenta siempre alcanza alguna contradicción fundamental: «la literatura existe simultáneamente en la modalidad de la verdad y el error»; en un «conflicto incesante» o «tensión entre [...] dos modalidades de lenguaje», que son la referencia al mundo y la remisión a fuentes puramente literarias, y en última instancia entre el yo y la representación de la naturaleza (De Man 1991: 182, 190). Con una ulterior precisión analítica, De Man expone que son inconciliables el significado y la dimensión ilocutiva, que «el texto no practica lo que predica» y desmantela su propia autoridad (1990: 23-31).

Siendo esa la condición de la literatura, se plantea un problema epistemológico sobre la fundamentación de su estudio. Paul de Man observa que la semiología estructuralista adopta un planteamiento gramatical y lo conjuga con la dimensión retórica sin cuestionarse si hay o no una solución de continuidad (1990: 19). Ahora bien, la gramática moderna se ha configurado sobre el modelo de la lógica, de una lógica cada vez más matematizada, de tal manera que se articulan la ciencia del lenguaje y las ciencias que describen el mundo natural y fenoménico, logrando la estabilidad y seguridad cognoscitiva (1986: 13-14); la idea de reglas, común a la gramática y la lógica, se ha podido extender a la teoría de los actos de lenguaje (1990: 20-21). Sin embargo, la retórica es un elemento desestabilizador, y por eso lo es la literatura, el uso del lenguaje donde prevalece la función retórica sobre la gramatical y lógica: la

literatura no es un medio transparente que permita diferenciar sin resto de duda entre la formulación y el mensaje, y cualquier descodificación gramatical de los textos dejará un residuo de indeterminación (14-16). Como la retórica presupone unas reglas pero incluye la posibilidad de transgredirlas, y los tropos presuponen el sentido literal de las palabras para emplearlas figuradamente, el lenguaje «se abre a posibilidades vertiginosas de aberración referencial», no tanto porque cambie un significado por otro, sino porque «resulta imposible decidir cuál de los dos significados (que pueden llegar a ser totalmente incompatibles) prevalece» (1990: 23). También Harold Bloom considera que semejante indecidibilidad es lo que se podría llamar, tomando el nombre de los formalistas rusos, la literariedad: «todo tropo poético constituye un exilio con respecto al significado literal, pero el único regreso al suelo patrio sería la muerte de la figuración, y, por ende, la muerte de la poesía o el triunfo del significado literal, sea el que fuere» (1992: 88).

Así pues, estos autores toman de la tradición retórica algunos conceptos que puedan dar cuenta del carácter contradictorio de la literatura. Paul de Man considera que la teoría romántica y postromántica sobre el símbolo envuelve una mistificación del lenguaje que aspira a la presencia, la percepción, la identidad, y en particular la copertenencia y contigüidad de lenguaje y mundo, palabra y cosa; por eso, le contrapone el tropo de la alegoría, que conlleva separación expresa entre significante y significado, separación que además se proyecta en el tiempo y adopta la forma de repetición que no borra la diferencia respecto de su origen o antecedente, con el cual no puede coincidir (De Man 1991: 207-31). Refinando el análisis, distingue entre narraciones tropológicas y alegóricas: las primeras «cuentan la historia del fracaso del denominar», es decir, de cómo todo discurso figurado «postula [...] la posibilidad del significado referencial como el *telos* de todo lenguaje», y sin embargo socava «el status del lenguaje referencial [...] que oculta la figuralidad radical del lenguaje», mientras que las narraciones alegóricas, en un grado superior de complejidad, muestran el «fracaso de leer», que consiste en que el «fracaso del denominar» no lleva simplemente a sustituir una lectura por otra en un proceso que pueda «ser clausurado por una lectura final», sino que cada paso «engendra, a su vez, una superposición figurada suplementaria que narra la ilegibilidad de la narración anterior» (1990: 230-36).

Otra configuración fundamental de la discontinuidad irreconciliable entre el significante y el significado es la ironía, por ejemplo cuando un narrador irónico o infidente impide el trasvase entre la ficción y la realidad (De Man 1991: 231-53). Paul de Man discute a este respecto el planteamiento epistemológico de la *Retórica de la ironía* de Wayne Booth,

por cuanto este trata de dar con algunos criterios o reglas que permitan saber a qué atenerse: si un texto es irónico o no, hasta qué punto y en qué aspectos (De Man 1998: 234-37; ver también Hartman 2007: 277-83). Esto tendría que llamarse gramática o lógica, mejor que retórica, según lo dicho antes, y corre el riesgo de limitar la ironía a priori, de mutilarla: «la comprensión nos permitiría controlar la ironía. Pero ¿qué sucedería si la ironía fuera siempre la ironía de la comprensión, si lo que estuviera en juego en cuanto a la ironía fuera siempre la cuestión de si es posible comprender o no comprender?» (De Man 1998: 236). De Man desarrolla esta línea basándose en el idealismo y el romanticismo alemanes. En Fichte descubre un sistema compuesto por el yo y sus propiedades, que se relacionan y oponen entre sí, permitiendo una circulación que constituye tropos; puesto que la circulación discurre temporalmente, forma «una línea narrativa: la historia de la comparación y de la distinción, la del intercambio de propiedades, el giro donde la relación es la del yo, y después el proyecto del yo infinito. Todo esto construye una narrativa coherente» (249-50). En este panorama, Friedrich Schlegel introduce la posibilidad de la ruptura de la ilusión narrativa, lo que él llama en lenguaje retórico *parékbasis* (digresión) permanente y De Man denomina, en clave gramatical, anacoluto (250-54). La ironía interrumpe constantemente la comprensibilidad de la narración, revelando que la coherencia narrativa puede saltar por cualquier punto. En ello se manifiesta un «lenguaje real» del ingenio, el arabesco, la poesía romántica, cuya ingenua profundidad deja traslucir lo falso, enloquecido y necio; es decir,

una simple entidad semiótica, abierta a la radical arbitrariedad de cualquier sistema de signos y, como tal, capaz de circular, pero [...] poco fiable [...]—simplemente es una circulación fuera de control, no como la naturaleza sino como el dinero, que es pura circulación, la pura circulación del juego del significante, y que como saben es la fuente del error, la locura, la estupidez y de todos los otros demonios. (255-56).

Harold Bloom propone una teoría antitética de la poesía, partiendo del convencimiento de que toda lectura necesariamente malinterpreta lo que lee, y toda escritura poética o crítica se basa en tal lectura. Así pues, la historia de la literatura es una tradición de malas lecturas de los poetas precursores, hechas por sus descendientes, sujetos a la angustia de la influencia; Bloom elabora primero seis *ratios* de desviación del descendiente respecto del precursor, que luego amplía con términos de la tradición cabalística y con interpretaciones psicoanalíticas (Bloom 1973, 1992, 2003), apartándose deliberadamente de la tradición retórica, que no considera apropiada para el análisis de la poesía (Bloom 1995: 10).

J. Hillis Miller (1976b) propone el concepto de *mise en abyme* [sic] — el escudo heráldico que se contiene a sí mismo en su interior—, para caracterizar una estructura paradójica que abre un abismo y lo colma; en la dimensión temporal, el texto afirma y se contradice, parece progresar y se cancela; en última instancia, se ponen en cuestión las diferencias entre la representación y lo representado, entre lo literal y lo figurado.

Aunque la narrativa suele concebirse en términos de línea monológica y logocéntrica, no se deconstruye a sí misma menos que los demás géneros (Miller 1976a). La idea misma de lo lineal, desplegándose en multitud de áreas, revela la originariedad de esa metáfora en ausencia de una formulación propia o literal: aparece al hablar de línea argumental (con su continuidad, giros y rupturas; el *impasse*, la aporía); de los personajes (con sus caracteres, rasgos, fisonomía) y las relaciones entre ellos (líneas genealógicas, enlaces); el movimiento y la economía (caminos, límites, fronteras; circulación, retorno, etc.); del lenguaje y la representación (el tropo, la hipérbole, la elipsis; el realismo como reflejo, o el desvío, etc.); más el aspecto físico del libro impreso y sus ilustraciones. Según Miller, esta proliferación terminológica tiene el carácter de la catacresis o *abusio*, porque no hay manera de nombrar directamente aquello a que se refieren; son signos que remiten a otros signos; y desde esta condición del metalenguaje sobre la narrativa, Miller salta a calificar la narrativa misma de alegórica, en el sentido de que expresa la imposibilidad de la expresión directa mediante su continuo desplazar la inmediatez. La crítica de cualquier novela, sostiene, llega a un punto de indecidibilidad o irracionalidad entre sus distintas dimensiones.

Un punto especialmente sensible es el del final del relato, porque está sujeto a inevitables contradicciones (Miller 1978; Brooks 1984). Por un lado, se concibe desde Aristóteles como desenlace de un nudo, pero también se suele decir que al final de una novela se anudan los hilos de la trama sin dejar cabos sueltos; el final es una exigencia estructural del relato —sin él, no tendría sentido—, pero también conlleva su extinción; hay una tensión entre el deseo de llegar a la conclusión, y que esta sea la propia o adecuada, y el deseo de prolongar el relato con retardamientos y desvíos; relatar o referir es dilatar o diferir (ver Galván 2014). También se discute la oposición básica de la narratología formalista y estructural, expresada en pares como *fabula/sujet*, argumento/trama, historia/discurso (Culler 1981: 169-87; Brooks 1984): en general, el primer elemento de esos pares se concibe como una serie de hechos con existencia independiente del lenguaje, aunque representados por este, que además expresa su conexión y su sentido; sin embargo, el discurso narrativo tiene un dinamismo propio, que alcanza al nivel de la enunciación: el querer hablar y el querer escuchar

al hablante conllevan una exigencia de sentido, exigencia que puede llegar a funcionar como causa, en vez de consecuencia, de los hechos argumentales. En un movimiento típicamente deconstructivo, Culler concluye que el lector se ve atrapado en la indecidibilidad de dos lógicas incompatibles, la que va de los hechos al sentido y la que va del sentido a los hechos.

El afirmar que no hay tal cosa como una interpretación correcta de un texto parece inconsistente con lo expuesto en los párrafos anteriores acerca de cómo el texto literario se deconstruye a sí mismo y con el desarrollo de un instrumental terminológico preciso para analizar semejante autodeconstrucción. Los críticos deconstructivos hacen poco por aliviar la paradoja: De Man afirma que las lecturas retóricas —en el sentido que él le da— son irrefutables (1986: 19); Bloom considera que la mala lectura es necesaria y que se identifica con el texto (1992: 112, 125); y Miller proclama la eficacia heurística de la deconstrucción con total respeto de la letra del texto (1987, 1995). Lo que sucede es que la crítica es tan indecible como la literatura, pues también ella parte de presupuestos que no puede justificar y contiene contradicciones que no llegan a una síntesis (De Man 1990: 232; 1991: 115-16). Por ejemplo, sería insuficiente «una interpretación de *À la recherche du temps perdu* que entendiera el libro como si se tratase de la narración de su propia deconstrucción», porque aún mantendría el principio de coherencia; en realidad, hay una «confrontación de significados incompatibles, entre los cuales es necesario, aunque resulte imposible, decidir en términos de verdad y error», y la lectura «bloquea el acceso, de una vez para siempre, a un significado que, sin embargo, nunca deja de reclamar ser comprendido» (De Man 1990: 91-93). Así pues, las lecturas retóricas se resisten a un conocimiento estabilizado y sistematizado mediante la gramática y la lógica; por eso, proponen unas interpretaciones y a la vez las rechazan; son y no son teoría, son la teoría de la imposibilidad de la teoría (1986: 19). Semejante manera de leer, comentar e interpretar permanece en una suerte de morosa, oscilante, inhibidora meditación del texto, que se vuelve hacia sus propias condiciones de posibilidad, resistiendo a la compulsión de apoderarse del texto, cerrarlo y emplearlo en la comunicación (Miller 1995: 250-52; Hartman 2007: 265-83).

Las ideas de la indecidibilidad del texto y de la inexistencia de una única interpretación válida no son exclusivas de la Deconstrucción, sino un rasgo que comparten con otras teorías postestructurales. La diferencia se halla más bien en la fundamentación. En un contexto semiológico, es principalmente la intertextualidad lo que vuelve indecible cada texto (Kristeva 1969; Barthes 1970); a esta explicación recurre también Harold Bloom: «los textos no *tienen* significados, salvo en sus relaciones con otros

textos», y por ello «no existen lecturas correctas, ya que leer un texto es necesariamente leer un sistema entero de textos, y el significado es siempre un vagabundaje entre los textos» (1992: 106, 108; cursiva original). En cambio, la argumentación deconstructiva suele acentuar la inestabilidad de la asociación entre significante y significado, entre semántica y pragmática, explotada por la retórica, según se ha expuesto en párrafos anteriores; ocasionalmente se refuerza con el motivo psicoanalítico de la resistencia y los mecanismos de defensa (De Man 1986; Bloom 1992: 104-12; 2003: 83-105).

Si la literatura es indecible y transmite a la crítica esta propiedad, no puede justificarse una diferenciación estricta entre los dos modos de escritura. Es más: los textos literarios no están dados como meras cosas, sino que se constituyen en la comprensión mediante la lectura, que es el acto inicial de todo escribir sobre literatura. Pero, como nada garantiza la posibilidad de leer, «la interpretación carece de consistencia epistemológica y, por tanto, no puede ser científica» (De Man 1991: 120-24). De este planteamiento se derivan varias propuestas. Harold Bloom insiste en que el discurso crítico puede fundamentarse en los tropos y en el lenguaje poético en general, de tal manera que «una teoría de la poesía debe pertenecerle a la poesía, debe ser poesía» (1992: 104-09). Por otra parte, Paul de Man subraya el valor heurístico de examinar la obra de diversos críticos literarios, puesto que en ellos se manifiesta con especial claridad la contradicción y aporía de la lectura: «hacer crítica de los críticos llega a ser, pues, una forma de reflexión sobre la efectividad paradójica de una visión ciega que hay que corregir a través de las intuiciones (*insights*) que esta misma visión revela sin darse cuenta» (1991: 120).

Una vez que De Man extiende su análisis más allá de textos normalmente considerados literarios o críticos, para ocuparse de autores con Rousseau, Kant, Hegel y Derrida, también se difumina la diferencia entre aquellos campos y la filosofía. En este sentido argumenta además Miller (1985) que la idea de que la literatura tiene un valor filosófico, como indagación de problemas fundamentales de la naturaleza, la mente y el lenguaje es tradicional en la cultura europea; lo que hace la deconstrucción es asumir ese cuestionamiento de manera responsable y continuarlo. Geoffrey Hartman (1975, 2007) sostiene que solamente la libre circulación por la filosofía, la crítica y la literatura —lo que él llama «crítica filosófica»— puede lograr la suficiente fuerza y reflexividad. Encuentra paradójico que se admita la creatividad en el arte y se rechace en su crítica: el comentario de textos se ha vuelto difícil, impredecible, con un dinamismo propio, no limitado por lo que tiene que explicar; también, se ha vuelto radical, al reflexionar sobre el estatuto del propio discurso y al tratar

de comprender la comprensión. Frente a un planteamiento técnico, que trata de dominar y sujetar los textos con ayuda de un metalenguaje preciso, Hartman propone una intuición extática que se deja jugar en el laberinto de la escritura y la lectura.

4. DECONSTRUCCIÓN Y ESTUDIOS LITERARIOS

La deconstrucción constituye una suerte de programa de investigación dentro del cambio de paradigma en los estudios literarios que puso en primer plano la lectura o el lector (Jauss 1969; Abrams 1979). En ella pueden advertirse los dos niveles que distingue Lakatos (1983): un núcleo firme, que es la hipótesis de que el texto literario es indecible; y un cinturón auxiliar, que son las estrategias y los términos desarrollados para hacer análisis textuales conforme a esa hipótesis. Semejante programa se inaugura con los primeros libros de Derrida y De Man (1967, 1971), y luego se va institucionalizando: se practica como ciencia normal, en la interpretación de textos, y se publican introducciones y panoramas (Culler 1982; Norris 1982; Arac y otros 1983; Leitch 1983; etcétera). En la década siguiente se lo da por naturalizado (Cain 1984), y no mucho después se dice que ha pasado de moda (Luhmann 1993: 765). Como sucede en otros programas, su declinar se inscribe también en un ciclo biológico, con las muertes de Paul de Man (1983) y de Jacques Derrida (2004).

Procede, por tanto, considerar desde un punto de vista histórico el rendimiento heurístico que ha tenido la deconstrucción y en general su papel en el curso de los estudios literarios en el último tercio del siglo XX (para un campo más amplio, ver por ejemplo Attridge 2010; Martinengo 2012). En esta perspectiva, no solamente importan los problemas fundamentales y los conceptos o cuasi-conceptos expuestos en los precedentes apartados, sino también su difusión y puesta en práctica en un contexto académico, dentro del cual la deconstrucción se ha convertido en un ismo («deconstruccionismo» o «deconstructivismo»), aunque no se halle en este lo más genuino de aquella (Johnson 1980; Ellis 1989; Asensi 1990: 78; Gumbrecht 1995; McQuillan 2001: 41). Se expondrán, pues, sucesivamente: a) el debate de la deconstrucción con teorías alternativas; b) la incidencia en la práctica académica normal, donde predomina la interpretación de textos; c) las consecuencias en la configuración o reconfiguración del campo académico.

a) El debate con teorías rivales tomó en demasiadas ocasiones la forma de descalificaciones globales, polémicas e incluso insultos personales: se ha acusado a la deconstrucción de mistificar adrede (Booth 1979); a Derrida, de «oscurantismo terrorista» (Searle 1983), y a Paul de

Man, de comportarse como un padrino de la mafia (Lentricchia 1990); se ha dedicado un libro entero a conectar la deconstrucción con el nazismo, las SS y Auschwitz (Hirsch 1991). Ciertamente, el comportamiento de partidarios y detractores en torno al caso de los artículos juveniles de Paul de Man en la Bélgica ocupada por los nazis ha empeorado las cosas (Eagleton 2003: 152-57; ver también Derrida 1989: 157-247). Sin embargo, las deficiencias del debate no se restringen a los ámbitos personal e ideológico, sino que alcanzan también lo teórico; por ejemplo, Searle comienza una réplica a Derrida diciendo: «It would be a mistake [...] to regard Derrida's discussion of Austin as a confrontation between two prominent philosophical traditions. [...] Derrida [...] has misunderstood and misstated Austin's position at several crucial points», y más adelante: «I find so many confusions in this argument of Derrida that I hardly know where to get started on it» (1977: 198, 206). Derrida, por su parte, interviene en un coloquio sobre la deconstrucción y la hermenéutica diciendo que el debate es improbable, que falta un terreno común y que no tiene por segura la experiencia de un acuerdo mediante el diálogo (1984: 56-58). Habermas, cuando pretende analizar la teoría del lenguaje de Derrida, dice que este es oscuro y no se presta a la discusión, por lo cual prefiere seguir la explicación de Culler (Habermas 1989); de donde toma ocasión Derrida para decir que Habermas ha evitado cuidadosamente leerlo (1992: 231), y ello parece bastarle para evitar a su vez discutir con él. Otra prueba del carácter polémico de estas discusiones es cómo se ha generalizado la expresión «Il n'y a rien hors du texte», que altera la cita derridiana «il n'y a pas de hors-texte» a fin de trivializarla (por ejemplo, Foucault 1985; Searle 1983; ciertamente esto sucede con apoyo de la traducción inglesa que dio Gayatri Spivak en *Of Grammatology*: «there is nothing outside of the text»; ver también McQuillan 2001: 35-39).

Aun así, al menos en algunas áreas ha habido cierta continuidad en la discusión. Los artículos de Derrida sobre la *Speech act theory* y la filosofía analítica de Austin y Searle fueron recogidos en volumen y complementados con un apéndice en 1988; y se han dedicado otros trabajos al tema (Scholes 1988; Ellis 1989; Frank 1989: 491-560), y J. Hillis Miller ha publicado después una monografía (2001). En relación con la lingüística y la semiología, Bertil Malmberg (1974) ha señalado que las críticas de Derrida al *Cours* de Saussure van en la misma línea que la glosemática de Hjelmslev; mientras que Umberto Eco (1992) y Peter V. Zima (1994: 34-91, 201-07) señalan que el alcance de la *différance* ha de limitarse considerando otros factores, como son el papel estabilizador de la iteratividad —no la iterabilidad— de los semas en el discurso, y el hecho de la eficacia de la comunicación en comunidades que comparten presupuestos y extraen inferencias interpretativas a partir de un mismo

sentido literal reconocido intersubjetivamente. Desde el punto de vista de una teoría crítica, Michel Foucault reprochó a Derrida que su minuciosa atención a los textos le hace olvidarse de «los modos de implicación del sujeto en los discursos» y «las prácticas discursivas en el campo de las transformaciones que se efectúan» (1985: 371). Edward Said ha continuado esta discusión, comparando las posiciones de Foucault y Derrida, y subrayando que ninguna deconstrucción es suficientemente radical si no pasa del texto a su autoridad sociopolítica, al entramado de la hegemonía y la afiliación (Said 1978, 1979). El mencionado Zima también ha comparado la deconstrucción y la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt (1994: 207-29). Es en esta área donde puede advertirse más claramente la continuidad del legado de Derrida y la deconstrucción, asumido por teorías de orientación política y sociológica, como el feminismo de Judith Butler, que parte de la deconstrucción del par constatativo/performativo para deconstruir las oposiciones entre sexo y género, naturaleza y cultura; y asimismo en los estudios postcoloniales de Homi K. Bhabha y Gayatri Spivak, por ejemplo. Esto converge, además, con el predominante interés de Derrida, en su última etapa, por las cuestiones éticas y políticas (ver VV.AA. 2005; McQuillan 2007).

Hay algunas propuestas para la provincialización de la deconstrucción o de sus resultados, tratándolos como componentes de una teoría más amplia o con mayor poder explicativo. Niklas Luhmann generaliza la relación entre texto y lectura, según la explica la deconstrucción, a una teoría sociológica de la observación de segundo grado, es decir, la relación entre un observador de primer grado y otro que observa al primero (Luhmann 1993; 2005). En la sociedad global, los *mass media* describen la propia sociedad y su entorno generando a cada espectador o lector la ilusión de una observación de primer grado; la deconstrucción pone de relieve lo que de contingente tiene cada observación, muestra su limitación y la relativiza. Por otro lado, el integrar esas deconstrucciones en una teoría general de sistemas autorreferenciales permite trascender las paradojas y lograr un avance epistemológico. Lo mismo vale para otros cuasi-conceptos deconstructivos, como los de *écriture* y *trace*, que ayudan a explicar el papel de la diferencia, la selección y la exclusión en el funcionamiento de los sistemas comunicativos. Por último, Ellen Spolsky (2002) mantiene que una teoría literaria cognoscitiva de base biológica darwiniana puede lograr la síntesis entre la deconstrucción y sus adversarios, incluyendo entre estos el estructuralismo, la filosofía analítica y las defensas del sentido literal: la estabilidad y la inestabilidad, las reglas y las excepciones en el uso del lenguaje cooperan para que la comunicación sea eficaz y pueda adaptarse creativamente a los desafíos que lanza cada nuevo contexto.

b) En la práctica de los estudios literarios, la deconstrucción se ha manifestado como una proliferación de interpretaciones y comentarios de textos, igualmente deplorada por observadores (Gasché 1979), detractores (Ellis 1989), y partidarios (Attridge 2010). Lo cierto es que tiene por modelo el estilo corriente de exposición de Derrida y De Man, quienes solían unir análisis y generalizaciones, y se ve favorecido por el marco institucional, porque se adapta bien a la exigencia *publish or perish* (Graff 1980b). En este sentido, ha representado más una continuidad que una ruptura con el *New Criticism* (Cain 1984); lo que les distingue es el orientarse hacia la coherencia el uno, hacia la aporía la otra (Zima 1994: 93). Basta considerar, por contraste, lo poco que se contribuyó a la formulación lógico-matemática de las lenguas naturales, que Derrida consideraba una parte esencial del proyecto de la deconstrucción (1967c: 11-14; 1977: 43-45).

Sin embargo, el estatuto de la interpretación en la deconstrucción es paradójico, como se ha expuesto antes. De un lado, se insiste en borrar la diferencia entre la literatura y la crítica; de otra, se genera un nuevo metalenguaje, con neologismos y redefiniciones; unos justifican la crítica deconstructiva por su creatividad, y otros por su fidelidad al texto. Su condición epistemológica resulta dudosa: ¿en qué se distinguen, a ese respecto, la constatación de aporías y la constatación de coherencia? De acuerdo con De Man, la respuesta sería que la interpretación deconstructiva también se deconstruye a sí misma; es aporética, y progresa por sus puntos de ceguera, no por sus visiones. Pero esto tiene pocos visos de consolidarse como programa de investigación: requeriría el procedimiento borgiano de incurrir en el mayor número posible de cegueras para ocasionar el mayor número de visiones. Resultan más viables la estrategia de Bloom y Hartman, quienes hablan de creatividad, y la de Miller, quien define la deconstrucción como «buena lectura»; además, esto encaja bien en el molde del sistema académico. No falta razón a quienes afirman (Graff 1980a; Ellis 1989) que la práctica de la deconstrucción o al menos su versión trivializada como «deconstruccionismo» desmiente continuamente la radicalidad de los cuestionamientos que predica.

c) El tema de la interpretación conduce a la tercera y última parte de esta sección conclusiva, que trata del papel de la deconstrucción en la configuración del campo de los estudios literarios. Hay que recordar que a partir del estructuralismo se plantea una división del trabajo, redefiniendo y distribuyendo objetos, métodos y fines del conocimiento de la literatura: se mantiene que la teoría y la crítica interpretativa son actividades distintas e incluso opuestas (Barthes 1966; Todorov 1973); posteriormente se formula esto diciendo que la crítica es un modo de participar en el campo o sistema

literario, mientras que la teoría observa el sistema desde un punto de vista externo, científico (Mignolo 1983; Schmidt 1983). Quizá sea esta una de las diferencias más eficazmente deconstruidas; la teoría y la crítica han seguido estrechamente vinculadas, y a este respecto la deconstrucción representa una prolongación, más que una ruptura, de la tradición de las humanidades (Gumbrecht 1989); la ruptura hubiera sido la consolidación del planteamiento científico. Aunque no hay duda —o precisamente porque no la hay— de que la interpretación continúa siendo un componente fundamental de los estudios literarios, hay que seguir preguntándose por sus fundamentos y límites (ver Wahnón 2008, 2009; Montaner 2010), y, más en general, interesa explorar algunas posibilidades abortadas por un cierre o bloqueo quizá prematuro del debate sobre la diferenciación entre teoría y crítica.

Hans Ulrich Gumbrecht ha mantenido la cuestión abierta mediante una serie de propuestas, quizá no del todo coherentes entre sí. En primer lugar (Gumbrecht 1988), se refiere a la doble exigencia a que han tenido que hacer frente los estudios literarios: proporcionar conocimiento científico —histórico o de otro tipo— y justificar el valor estético de las obras; y una tercera exigencia de rendimiento didáctico, habitualmente concebido en términos estéticos más que científicos. La deconstrucción vendría a constatar que es imposible satisfacer juntamente todas las expectativas, y a asignarse a sí misma la tarea estética, dejando al científico mayor autonomía para determinar y lograr sus fines. Esta división del trabajo es tanto más plausible cuanto son dispares los planteamientos epistemológicos: mientras que la actividad científica persigue un consenso mediante enunciados necesariamente discutibles o falsables, la crítica de estilo deconstructivo se apoya en una experiencia de lectura que es, en cuanto acontecimiento subjetivo, indiscutible o irrefutable, como decía De Man. La segunda propuesta (Gumbrecht 1995, 2001) constata la escasa compatibilidad entre el refinamiento de la problemática epistemológica —cuya quintaesencia sería la deconstrucción— y los estudios culturales, que no podrían empezar a trabajar sin dar por supuesto, siquiera provisionalmente, que hay tal cosa como grupos étnicos y minorías sociales y que sus textos tienen en un programa o paradigma científico, esta vez de un sentido accesible. En vez de competir, estas orientaciones podrían adquirir estatutos institucionales autónomos, al modo en que la han tomado las ciencias de un lado y las ingenierías y profesiones biosanitarias de otro, y, en general, la investigación básica y la aplicada. En tercer lugar, la exuberancia de las interpretaciones y comentarios promovida por la deconstrucción, y su relación parasitaria, antitética e inextricable con los textos, produce, paradójicamente, un efecto no de sentido sino de presencia (Gumbrecht 2003: 49-51; 2004), que es una vía para renovar las

humanidades. Comoquiera que se juzguen estas concretas propuestas, actualmente hay que atender a las exigencias que plantea la tendencia actual a situar los estudios literarios fundamentación biológica (ciencia cognitiva, neurociencia, etología humana). ¿Será una oportunidad para lograr la especialización funcional del campo, o seguiremos pensando este como funcionalmente homogéneo, aunque dividido en distintas teorías o escuelas? Volviendo al particular asunto del párrafo anterior: ¿la manera de acreditarse la Poética cognitiva y la biopoética será procurar nuevas interpretaciones, o se admitirá que rinda resultados de otra naturaleza?

Una última cuestión es si la deconstrucción ha contribuido a dar a los estudios literarios un carácter de oposición a la ideología y al poder. Pierre Bourdieu consideró que Derrida daba una respuesta meramente filosófica a la destrucción de la filosofía, permitiendo la supervivencia del campo filosófico, sus convenciones y sus intereses; y algo semejante dijeron Edward Said para el campo de la crítica literaria, y Terry Eagleton sobre su aplicación en los estudios postcoloniales (Bourdieu 1979: 578-83; Said 1979; Eagleton 2003). Se denuncia una especie de estrategia gatopardesca, cambiarlo todo para que todo siga igual. La deconstrucción se hace más vulnerable a estos reproches cuando se presenta como desmantelamiento de la entera metafísica occidental y cuanto conlleva; pero el hecho de que no colme esta medida no la vuelve enteramente fútil y prescindible. En su crítica de la ilustración y de las totalizaciones dialécticas del Idealismo hay contribuciones que resulta ingenuo desoír. Para los estudios literarios y las humanidades, si puede configurarse, como teoría regional dentro de un programa más amplio, con una especialización funcional dentro del campo académico, será un instrumento útil para recordar, con Geoffrey Hartman (en VV.AA. 2005: 479), que el lenguaje, con sus engañosos poderes de presentación, no es el único problema, pero es parte crucial de todos los problemas.

BIBLIOGRAFÍA

Abrams, M. H. «How to Do Things with Texts», *Partisan Review*, 46.4 (1979), pp. 566-88; Arac, Jonathan, Wlad Godzich and Wallace Martin (eds.). *The Yale Critics: Deconstruction in America*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983; Asensi, Manuel. «Estudio introductorio: crítica límite/el límite de la crítica», en Manuel Asensi (ed.), *Teoría literaria y deconstrucción*, Madrid, Arco/Libros, 1990, pp. 9-78; *Los años salvajes de la Teoría*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2006; Attridge, Derek, *Reading and responsibility: Deconstruction's Traces*, Edinburgh, Edinburgh UP, 2010; Barthes, Roland. *Critique et vérité*, Paris, Seuil,

1966; *S/Z: Essai*, Paris, Seuil, 1970; Bloom, Harold. *The Anxiety of Influence*, New York, Oxford UP, 1973; *A Map of Misreading* (orig. 1975), New York, Oxford UP, 2003; *La cábala y la crítica* (orig. 1975), Caracas, Monte Ávila, 1992; «The Breaking of Form», en *Deconstruction and Criticism* (orig. 1979), New York, Continuum, 1995, pp. 1-37; Booth, Wayne. *Critical Understanding*, Chicago, University of Chicago Press, 1979; Bourdieu, Pierre. *La Distinction: critique sociale du jugement*, Paris, Minuit, 1979; Brooks, Peter. *Reading for the Plot*, Cambridge (Mass.), Harvard UP, 1984; Cain, William E. «Deconstruction: An Assessment», *College English*, 46.8 (1984), pp. 811-820; Culler, Jonathan. *The Pursuit of Signs: Semiotics, Literature, Deconstruction*, London, Routledge & Kegan Paul, 1981; *On Deconstruction*, Ithaca, Cornell UP, 1982; De Man, Paul. «Les exégèses de Holderlin par Martin Heidegger», *Critique*, 100-101 (1955), pp. 800-819; «Impasse de la critique formaliste», *Critique*, 109 (1956), pp. 488-500; *Visión y ceguera: ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea* (orig. 1971), trad. H. Rodríguez Vecchini y Jacques Lezra, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1991; *Alegorías de la lectura* (orig. 1979), Barcelona, Lumen, 1990; *La retórica del romanticismo* (orig. 1984), Madrid, Akal, 2007; *The Resistance to Theory*, Minneapolis/London, University of Minnesota Press, 1986; *La ideología estética* (orig. 1996), Madrid, Cátedra, 1998; Derrida, Jacques. «Introduction», en Edmund Husserl, *L'Origine de la Géométrie*, Paris, PUF, 1962; *La Voix et le Phénomène*, Paris, PUF, 1967a; *L'Écriture et la différence*, Paris, Seuil, 1967b; *De la grammatologie*, Paris, Minuit, 1967c; «La Différance», en *Tel Quel*, Paris, Seuil, 1968, pp. 41-66; *Márgenes de la filosofía* (orig. 1972), Madrid, Cátedra, 1989; *La diseminación*, Madrid, Fundamentos, 1975a; «Economimésis», en *Mimésis des articulations*, Paris, Aubier-Flammarion, 1975b, pp. 57-93; *Posiciones*, Valencia, Pre-Textos, 1977; «Guter Wille zur Macht (I, II)», en Ph. Forget (ed.), *Text und Interpretation*, München, Wilhelm Fink, 1984, pp. 56-58, 62-77; *Limited inc.*, Evanston, Northwestern UP, 1988; *Points de suspension*, Paris, Galilée, 1992; *Psyché*, Paris, Galilée, 1998; Eagleton, Terry. *Figures of Dissent*. London / New York, Verso, 2003; Eco, Umberto. *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1992; Ellis, John. *Against Deconstruction*, Princeton, Princeton UP, 1989; Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica, II* (orig. 1964/1972), México, FCE, 1985; Frank, Manfred, *Das Sagbare und das Unsagbare*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1989; Gadamer, Hans-Georg. «Text und Interpretation», en Ph. Forget (ed.), *Text und Interpretation*, München, Wilhelm Fink, 1984, pp. 24-55; Galván, Luis. «Acción y narración: problemas y orientaciones para la fundamentación de la narratología», en Domingo Sánchez-Mesa y otros (eds.), *Teoría y comparatismo: tradición y nuevos espacios*, Granada, Universidad, 2014, pp. 389-400; Gasché, Rodolphe. «Deconstruction as

Criticism», *Glyph*, 6 (1979), pp. 177-215; González-Marín, Carmen. «Entrevista: Jacques Derrida, leer lo ilegible», *Revista de Occidente*, 62/63 (1986), pp. 160-182; Graff, Gerald. «Deconstruction as Dogma», *The Georgia Review*, 34.2 (1980a), pp. 404-421; «Who Killed Criticism?», *The American Scholar*, 49.3 (1980b), pp. 337-355; Gumbrecht, Hans-Ulrich. «Déconstruction Deconstructed: Transformationen französischer Logozentrismus-Kritik in der amerikanischen Literaturtheorie», *Philosophische Rundschau*, 33.1/2 (1986), pp. 1-35; «Who Is Afraid of Deconstruction?», en J. Fohrmann, H. Müller (eds.), *Diskurstheorien und Literaturwissenschaft*, Frankfurt, Suhrkamp; 1988, pp. 95-113; «(Non (literary) interpretation», *Poetics*, 18 (1989), pp. 375-87; «The Future of Literary Studies?», *New Literary History*, 26.3 (1995), pp. 499-518; «Dysphoria: How (Some) Scholars Feel about Literary Studies», *Canadian Review of Comparative Literature*, 26.3 (2001), pp. 12-22; *The Powers of Philology*. Urbana/Chicago, University of Illinois Press, 2003; *Production of Presence*, Stanford, Stanford UP, 2004; Habermas, Jürgen, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1989; Hartman, Geoffrey H. «The Fullness and Nothingness of Literature», *Yale French Studies*, 16 (1955), pp. 63-78; «Structuralism: The Anglo-American Adventure», *Yale French Studies*, 36-37 (1966), pp. 148-168; *The Fate of Reading*, Chicago, University of Chicago Press, 1975; *Criticism in the Wilderness* (orig. 1980), New Haven/London, Yale UP, 2007; *Saving the Text: literature, Derrida, philosophy*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1981; Hirsch, David H. *The Deconstruction of Literature: Criticism after Auschwitz*, Providence, Brown UP / Hanover (NH), University Press of New England, 1991; Husserl, Edmund. «Philosophie als strenge Wissenschaft», *Logos*, 1 (1910-1911), pp. 289-341; *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie (I)*, Halle, Max Niemeyer, 1913; *Formale und transzendente Logik*, Halle, Max Niemeyer, 1929; *Erfahrung und Urteil*, ed. Ludwig Landgrebe, Prag, Academia, 1939; *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, ed. Walter Biemel, 2ª ed, The Hague, Nijhof, 1962; Jauss, Hans-Robert. «Paradigmawechsel in der Literaturwissenschaft», *Linguistische Berichte*, 1 (1969), pp. 44-56; Johnson, Barbara. «Nothing Fails Like Success», *SCE Reports*, 8 (1980), pp. 7-16; Kristeva, Julia. *Séméiotiké: recherches pour une sémanalyse*, Paris, Seuil, 1969; Lakatos, Imre. *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, Alianza, 1983; Leitch, Vincent. *Deconstructive Criticism*, New York, Columbia UP, 1983; Lentricchia, Frank. *Después de la «Nueva crítica»*, Madrid, Visor, 1990; Luhmann, Niklas. «Deconstruction as Second-Order Observing», *New Literary History*, 24.4 (1993), pp. 763-782; *El arte de la sociedad* (orig. 1997), México, Herder/Universidad Iberoamericana, 2005; Malmberg, Bertil.

«Derrida et la Sémiologie», *Semiotica*, 11 (1974), pp. 189-99; Martinengo, Alberto (ed.). *Beyond Deconstruction: from Hermeneutics to Reconstruction*, Berlin / Boston, De Gruyter, 2012; McQuillan, Martin (ed.). *Deconstruction: A Reader*, New York, Routledge, 2001; *The Politics of Deconstruction*, London / Ann Arbor, Pluto, 2007; Mignolo, Walter D. «Comprensión hermenéutica y comprensión teórica», *Revista de literatura*, 45.90 (1983), pp. 5-38; Miller, J. Hillis, «The Literary Criticism of Georges Poulet», *MLN*, 78.5 (1963), pp. 471-488; «The Antitheses of Criticism», *MLN*, 81.5 (1966), pp. 557-571; «Ariadne's Thread», *Critical Inquiry*, 3.1 (1976a), pp. 57-77; «Stevens' Rock and Criticism as Cure (I & II)», *The Georgia Review*, 30 (1976b), pp. 5-31, 330-348; «The Problematic of Ending in Narrative», *Nineteenth-Century Fiction*, 33.1 (1978), pp. 3-7; «The Critic as Host», en *Deconstruction and Criticism* (orig. 1979), New York, Continuum, 1995, pp. 217-53; «The Search for Grounds in Literary Study», en Robert Con Davis, Ronald Schleifer y Gita Rajan (eds.), *Rhetoric and Form: Deconstruction at Yale*, Norman, University of Oklahoma Press, 1985, pp. 19-36; *The Ethics of Reading*. New York: Columbia University Press, 1987; *Speech Acts in Literature*, Stanford, Stanford UP, 2001; Montaner, Alberto. «En defensa del sentido literal», en Jesús G. Maestro e Inger Enkvist (eds.), *Contra los mitos y sofismas de la «teoría literaria» posmoderna*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2010, pp. 159-215; Norris, Christopher. *Deconstruction: Theory and Practice* (orig. 1982), rev. ed., London, Routledge, 1993; Ong, Walter J.: Reseña de Hartman 1981, en *Philosophy and Rhetoric*, 15.4 (1982), pp. 274-77; Said, Edward W. «The Problem of Textuality: Two Exemplary Positions», *Critical Inquiry*, 4.4 (1978), pp. 673-714; «Reflections on Recent American "Left" Literary Criticism», *boundary 2*, 8.1 (1979), pp. 11-30; Salusinszky, Imre, *Criticism in Society: Interviews*, New York, Methuen, 1987; Schmidt, Siegfried J. «Interpretation: Sacred cow or necessity?», *Poetics* 12.2 (1983), pp. 239-58; Scholes, Robert. «Deconstruction and Communication». *Critical Inquiry*, 14.2 (1988), pp. 278-295; Searle, John R. «Reiterating the Differences: A Reply to Derrida», *Glyph*, 1 (1977), pp. 198-208; «The Word Turned Upside Down», *The New York Review of Books*, 30.16 (27 octubre 1983), pp. 74-79; Smith, Peter. *An Introduction to Gödel's Theorems*, Cambridge, Cambridge UP, 2007; Spivak, Gayatri Ch. «Translator's Preface», en Jacques Derrida, *Of Grammatology*, (orig. 1976) nueva ed., Baltimore, Johns Hopkins UP, 1997, pp. ix-xc; Spolsky, Ellen. «Darwin and Derrida: Cognitive Literary Theory As a Species of Post-Structuralism», *Poetics Today*, 23.1 (2002), pp. 43-62; Todorov, Tzvetan. *Poétique*, Paris, Seuil, 1973; Vigo, Alejandro. «Trascendentalidad y concreción», *Escritos de Filosofía*, 43 (2003), pp. 99-124; VV.AA. «Forum: The Legacy of Jacques Derrida», *PMLA*, 120.2 (2005), pp. 464-494; Wahnón, Sultana. *Teoría de la literatura y de la interpretación*

de(s)construcción

literaria, Vigo, Academia del Hispanismo, 2008; Wahnón, Sultana (ed.). *El problema de la interpretación literaria*, Pontevedra, Academia del Hispanismo, 2009; Wittgenstein, Ludwig. *Tractatus logico-philosophicus* (orig. 1921), Madrid: Alianza 2002; *Investigaciones lógicas* (orig. 1953), Barcelona, Crítica, 2008; *On certainty / Über Gewissheit*, New York, Harper & Row, 1972; Zima, Peter V. *Die Dekonstruktion: Einführung und Kritik*, Tübingen, Francke, 1994.

Luis GALVÁN MORENO

Universidad de Navarra

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales